

El cristiano según la moda no tiene esta hambre y sed de la verdad, a la que Nuestro Señor promete la eterna saciedad. Por poco que sepa, sigue pensando que ya sabe lo bastante, cuando no demasiado. Escuchar la predicación es para él una obra de supererogación, una cuestión de lujo. Sabe sus oraciones, o al menos piensa saberlas, ¿no es ya bastante? Sabe decirle a Dios: «*Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*», pero no le importa saber cómo se hace en el cielo, y qué ha de desear para que así se haga también en la tierra; para nada le interesa entrar en la comprensión de lo que San Pablo llama tantas veces «*el misterio de la voluntad de Dios*».

Hay cristianos que han vivido ochenta años sin aprender nada y que, al final de su carrera, no sabrán más de lo que sabían al principio. Es para preguntarse qué uso hacen, si es que hacen uso, de su inteligencia. Muchos de ellos se contentan con vivir de su imaginación y sensibilidad. Si frente a tales cristianosuviéramos que recordar la definición del hombre: «el hombre es un animal racional», estaríamos obligados a reconocer que en ellos poco o nada hay de racional, y mucho o todo de animal.

En tales cristianos, la oración es una rutina, la confesión otra rutina, y la comunión una rutina más. Estos actos se cumplen como puras formalidades, sin que haya nada de sobrenatural ni en los pensamientos ni en los afectos, ni ninguna preocupación por la gracia de Dios, ni ninguna aspiración a los bienes eternos; y después de cumplir estos tan santos actos de religión, siguen siendo exactamente lo mismo que eran antes, sin ningún cambio verdadero.

Esta es una de las grandes desgracias del tiempo presente: se descuidan las inteligencias, y todo se dirige a las voluntades. Pero ¿a qué puede moverse la voluntad cuando la inteligencia no está iluminada? Es como poner en marcha un tren antes de colocar los rieles: el preludio de una catástrofe. Donde las inteligencias no están cultivadas por la verdad, que es su alimento indispensable, aparecen enfermedades casi inevitables, que son todos los errores que mueven al hombre carente de instrucción divina. Sólo Dios sabe cuántos estragos causa hoy en día esta ignorancia tan temible.

Muchos cristianos según la moda se encuentran en este estado y están contentos. Es más, para ellos, hay en eso una cierta ventaja inconfesada, que nosotros no dejaremos de indicar. Según ellos, este estado los hace menos sensibles al remordimiento de conciencia cuando han pecado, y les permite saborear más fácilmente el goce infeliz que encuentran en el pecado mismo. Al no haber buscado la luz y, por tanto, al no poseerla plenamente, se creen menos culpables y creen hallar una disculpa en su ignorancia afectada. Cuando les llega la hora de pecar, se imaginan que no pueden obrar de otro modo, y que les costará menos tener que confesar una falta en la que se han dicho a sí mismos que hay bastante ignorancia. Aprovechando la medianoche que han hecho en sus mentes, pecan con gusto, para confesarse luego sin demasiado dolor.

No, no es rico el cristiano según la moda.

Hojitas de Fe

Guardad mi palabra

416

8. Los Mandamientos

El cristiano según la moda y el cristiano según el Evangelio (III)

7º Riquezas infinitas de la Sagrada Escritura.

Dios había prometido por sus profetas dar a los fieles grandes riquezas, «*las riquezas saludables de la sabiduría y de la ciencia*» (Is. 33 6). Son las riquezas infinitas que posee la Sabiduría increada «*para enriquecer a los que la aman y henchir sus tesoros*» (Prov. 8 18-21).

Cuando esta Sabiduría divina se encarnó por nosotros, derramó en las almas la abundancia de sus riquezas, que puso luego en manos de su Iglesia, y los Apóstoles comenzaron a predicar este «*tesoro insondable de la sabiduría y de la ciencia de Dios*» (Rom. 11 33), «*las riquezas investigables de Cristo*» (Ef. 3 8). San Pablo expresaba el deseo de que sus fieles fueran «*llenados de todas las riquezas de una perfecta inteligencia, para conocer el misterio de Dios Padre y de Jesucristo, en quien están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia*» (Col. 2 2); y daba sin cesar gracias a Dios, porque los Corintios «*habían sido enriquecidos en Jesucristo con toda suerte de bienes, en todo lo que pertenece a la palabra y la ciencia*» (I Cor. 1 5).

Estas riquezas del cristiano están en su fe, «*divites in fide*», como dice el apóstol Santiago (Sant. 2 5). Y la fe del cristiano encuentra su luz, su alimento y su tesoro en las divinas Escrituras. «*Las riquezas del alma –dice San Gregorio Magno– son las palabras de la Sagrada Escritura*» (Moral. en Job. VI, 12). Bueno será que vayamos a la escuela de este Doctor tan divinamente iluminado, para aprender a conocer **nuestras riquezas**.

«La Sagrada Escritura –decía– supera incomparablemente toda ciencia y doctrina, enseña la verdad y conduce a la patria celestial; desprende el corazón de los deseos terrenos y lo lleva a amar los bienes celestiales; ejercita al fuerte en sus pasajes oscuros, y encanta a los humildes en sus pasajes fáciles; no es tan oscura que haya que huir de ella, ni tan clara que se la pueda despreciar; cuanto más se la medita, más amable se la encuentra; acude en auxilio del lector con relatos llenos de sencillez, lo eleva con pasajes sublimes; los ignorantes reconocen en ella lo poco que saben, y los sabios siempre encuentran algo que aprender» (Moral. en Job, XX, 1).

«Hay una lámpara que brilla sobre la Iglesia, y es la Sagrada Escritura, cuyas divinas palabras iluminan las tinieblas de nuestra alma, para que, recibiendo la luz de

la palabra de Dios en el lugar oscuro de la vida presente, veamos claramente lo que tenemos que hacer» (Moral. in Job, XIX, 18).

«La Sagrada Escritura es para nosotros comida y bebida. El Señor, por uno de sus profetas, amenaza: “Enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan ni sed de agua, sino hambre de la palabra de Dios” (Am. 8 11); por donde nos indica que, si por la sustracción de su palabra, quedamos aquejados de hambre y de sed, sus palabras son para nosotros comida y bebida» (Hom. 10 sobre Ezech.).

No de otro modo nos habla un hombre que había probado los manjares de Dios, el autor de la *Imitación de Cristo*, que así hablaba y rogaba:

«Señor..., tengo los Libros santos, para consolación y espejo de la vida; y sobre todo esto, el Cuerpo santísimo tuyo por singular remedio y refugio. Pues conozco que tengo grandísima necesidad de dos cosas, sin las cuales no podría soportar esta vida miserable. Detenido en la cárcel de este cuerpo, confieso serme necesarias dos cosas, que son mantenimiento y luz.

Disteme, pues, como a enfermo tu sagrado Cuerpo para alimento del cuerpo, y además me comunicaste tu divina Palabra para que sirviese de luz a mis pasos (Sal. 118 105). Sin estas dos cosas yo no podría vivir bien; porque la Palabra de Dios es la luz de mi alma, y tu Sacramento el pan que le da la vida. Estas se pueden llamar dos mesas colocadas a uno y a otro lado en el tesoro de la Santa Iglesia. Una es la mesa del sagrado altar, donde está el pan santificado, esto es, el precioso cuerpo de Cristo. Otra es la de la ley divina, que contiene la doctrina sagrada, enseña la verdadera fe, y nos conduce con seguridad hasta lo más interior del velo donde está el Santo de los Santos.

Gracias te doy, Jesús mío, esplendor de la luz eterna, por la mesa de la santa doctrina que nos diste por tus siervos los profetas, los apóstoles y los otros doctores. Gracias te doy, Criador y Redentor de los hombres, de que, para manifestar a todo el mundo tu caridad, dispusiste una gran cena, en la cual diste a comer, no el cordero figurativo, sino tu santísimo Cuerpo y Sangre, alegrando a todos los fieles, y embriagándolos con el cáliz saludable en este sagrado banquete, donde están todas las delicias del paraíso, y donde los santos ángeles comen con nosotros, aunque gustan una suavidad más feliz» (Lib. IV, cap. 11).

8º El cristiano según la moda no es rico.

Tanto San Gregorio Magno como Tomás de Kempis fueron *cristianos según el Evangelio*, esos hombres que aprendían a conocer a Dios en las Escrituras y lo saboreaban en la Eucaristía. Nuestros *cristianos según la moda* no se toman tantas molestias: conocen algo a Dios, sin pretender conocerlo más; reciben la Eucaristía sin saborearla, y van luego a mendigar la dulzura del pecado. ¡Pobres cristianos! Refiriéndose a ellos decía Nuestro Señor a Santa Teresa:

«Estando una vez en oración, era tanto el deleite que en mí sentía, que, como indigna de tal bien..., se me dio a entender **una verdad, que es cumplimiento de todas las verdades**... Dijéronme, sin ver quién, mas bien entendí ser la misma Verdad: “No es poco esto que hago por ti, que una de las cosas es en que mucho me debes. Porque **todo el daño que viene al mundo es no conocer las verdades de la Escritura con**

clara verdad. No faltará una tilde de ella”. A mí me pareció que siempre yo había creído esto, y que todos los fieles lo creían. Dijome: “¡Ay, hija, qué pocos me aman de verdad! Que si me amasen, no les encubriría Yo mis secretos. ¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que es mentira todo lo que no sea agradarme a Mí”» (Libro de la vida, cap. 40).

De esta entrevista divina, retengamos esta palabra: «*Todo el daño que viene al mundo es no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad*». ¡Oh «verdad, cumplimiento de todas las verdades»!

Cristiano según la moda, si quisieras considerarte a la luz de esta deslumbrante verdad, podrías justamente reconocer tu imagen en aquel cristiano de antaño a quien Nuestro Señor dirigía esta reprehensión:

«Estás diciendo: Yo soy rico y opulento, y de nada tengo falta; y no sabes que eres un desdichado, y miserable, y pobre, y ciego, y desnudo» (Apoc. 3 17).

9º El cristiano según la moda no tiene hambre ni sed de la verdad.

«Dios —escribió Moisés— hizo dos grandes lumbreras: una mayor, para presidir el día, y una menor, para presidir la noche» (Gen. 1 16). Todo el mundo sabe que el sol le da a la luna toda su luz. Estas dos grandes lumbreras son una imagen sorprendente de las dos grandes facultades del hombre: la inteligencia y la voluntad. La inteligencia, verdadero sol de este pequeño mundo llamado hombre, es una facultad superior y más noble que la voluntad, a la que ilumina y muestra el objeto al que debe apuntar.

Síguese de ahí que debemos tener un deseo insaciable de conocer la verdad y el bien, para que nuestra voluntad no quede expuesta a extravíos, yendo ciegamente hacia lo que no es ni la verdad ni el bien. Pertenece a la dignidad del hombre y al deber del cristiano saber lo que hace, y saberlo bien. Por eso Dios nos ha dado la razón, la fe y los mandamientos; y la Iglesia tiene como primera misión la de enseñar, según el mandato del Señor: «**Euntes docete: Id y enseñad**» (Mt. 28 19).

El *cristiano según el Evangelio* lo sabe, y por eso no deja de pedirle a Dios la luz de lo alto para dirigir sus pasos. Y al mismo tiempo que le pide a Dios su asistencia, sin la cual no puede discernir ni alcanzar la meta, hace continuos esfuerzos para crecer en el conocimiento de Dios y de sus deberes. «*¡Dios mío —dice con San Agustín—, que te conozca, y que me conozca!*» Ruega con el Salmista y dice sin cesar: «*Tu palabra, Dios mío, es la antorcha que guía mis pasos, la luz que alumbra mi camino*» (Sal. 118).

Y para no dejar de desear la luz, y de tener hambre y sed de la verdad eterna, tiene ahí a la Iglesia, fiel a su misión, con la boca siempre abierta para enseñarle *toda la verdad*. El primer deber del Pastor es dispensar a todos esta instrucción tan necesaria, y en la Iglesia resonará siempre y en todas partes la voz del primero de los Papas, clamando a todos los cristianos: «*Id creciendo en la gracia y en el conocimiento de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo*» (II Ped. 3 18).